

## UN NUEVO APOCALIPSIS

(Sobre "El fin de las razas felices", de Dionisio Cañas)

Un escrutador de señales mágicas como el joven Juan de la isla de Patmos; aquella estimulante luz griega del evangelista trasmutada en otra encenegada luz de la moderna Manhattan. Un visionario al que la voz le llega nítida "desde lo hondo del mar o de encima de la nube".

Como todo apocalíptico necesita de la letanía y el salmo para el gran oficio ritual; como un cronista del caos contemporáneo precisa de la reiteración en la que se funden las notas rasgadas del rock con la inquietud de la salmodia. Como un postmoderno hurta cuanto puede de la cotidianidad y de los ancestros para tener repleta la alforja del hombre abandonado. El símbolo necesita el referente, pero los más sagrados y viejos símbolos se ven enriquecidos en su significación y hasta en sus contrarios. Todo vale en esta nueva invocación del sacrificio, en esta inquietante exposición de los nuevos corderos degollados. Aquí el verbo se hace carne y las palabras con cuerpo parecen ser la única salvación de resonancias homéricas. Se abre el ventanal a la restallante tormenta y los cuerpos se cruzan con el fuego en una apoteosis bíblica.

Estamos ante un poeta antiguo, ante un escenógrafo de la tragedia. Un temeroso de los dioses se ocupa del final prometido y nos da testimonio de cuanto ve más allá de la reconocida realidad en la que el arcángel de nombre reconocido se encarna en el policía innominado. El poeta cruza sereno el laberinto, la nueva ciudad prometida de los rascacielos, el ambiguo territorio de los mitos viejos y nuevos, los signos hebraicos de la parafernalia de nuestro mestizaje y las cuantificaciones mágicas de los truenos, las noches, las cabezas o las coronas con la música insistente del siete. El azufre y las cenizas vuelven a ser palabras sagradas, rescatadas por el poeta para la liturgia de la amenaza, para urdir la tensión de esta puesta en escena donde la poesía se hace imagen con resonancias de viejo proverbio. Nos reclama los ojos, parece que quisiera arrebatarnoslos en este nuevo sacrificio del entendimiento. Como el flautista de la fábula nos

arrastra consigo y nos embebe en su música, que es algo más que un ritmo o que parece el ritmo de un gran desasosiego. Todos los desasosiegos se parecen y nos encontramos con los padres del mundo compartiendo la desolación neoyorkina de una nueva apoteosis.

Somos los mismos vagabundos encontrándonos en el tiempo con Dionisio Cañas o con Walt Whitman, hemos visto cruzar las mismas gaviotas heridas y podríamos identificar en escena a un errante buscador del oráculo llamado Federico. Como Dionisio Cañas, este poeta antiguo que escribe un testamento nuevo con el vigor del Trópico, telúrico como Huidobro o como Neruda, insignes salmistas en los que la tradición se hizo carne. Ni las luces de neón son nuevas, ni el surrealismo tiene la fecha que le ha sido otorgada en los libros de texto, en los manuales. Todo se cubre de una pátina en la que el -llanto y el miedo han dejado impresos sus efectos corrosivos. Los cobardes, los homicidas, los fornicadores y los embusteros somos los mismos. Estamos de nuevo en el origen. La palabra de Dionisio Cañas nos reconcilia, recompone los fragmentos diversos de la disgregación atómica a la que hemos sido sometidos. Las razas se encuentran en su principio, o lo que es lo mismo, en su fín. Dijo Octavio Paz: "La -crítica del paraíso se llama lenguaje: abolición de los nombres propios; la crítica del lenguaje se llama poesía: los nombres se adelgazan hasta la transparencia, la evaporación. En el primer caso, el mundo se vuelve lenguaje; en el segundo, el lenguaje se convierte en mundo". Lo consiguió Dionisio Cañas en "El fín de las razas felices".

Fernando G. Delgado